



# EL ESPÍRITU SANTO PROTAGONISTA PRINCIPAL DE LA MISIÓN

“La gracia de Pentecostés que ha recibido la Iglesia la fortalece en la vida de santidad de sus participantes y multiplica continuamente los carismas y ministerios, lo cual va haciendo avanzar la misión de la Iglesia y la obra del Espíritu. Cada uno de esos pasos significa cruzar una orilla para incorporar a otro pueblo a la historia de la alianza. Si leemos estos textos: Hch 8,14-17 y 9,26-39, ellos nos relatan cómo el Evangelio y el anuncio de Jesucristo llegan a los samaritanos y luego a los temerosos de Dios. El paso decisivo se produce en el “Pentecostés de los gentiles”: la misión de la Iglesia y el anuncio de Jesucristo saltan de modo decidido la frontera judía y penetran entre los gentiles. Hch 10,46 relata cómo el Espíritu invita a bautizar a Cornelio, a pesar de que no es judío, porque el Espíritu ha ido abriendo el camino y le espera fuera, al otro lado de la barrera que han creado las exclusiones étnicas. Hch 16,6-10 narra otra experiencia semejante, de un modo muy preciso, se aclara que es la acción del Espíritu de Dios la que mueve todo el actuar misionero de las comunidades.

## **EL ESPÍRITU SANTO PRESENTE EN TODO TIEMPO Y LUGAR**

El Espíritu se manifiesta de modo particular en la Iglesia y en sus miembros, pero su presencia y su acción son universales, sin límite alguno ni de espacio ni de tiempo. El Vaticano II recuerda que la acción del Espíritu se produce en el corazón del hombre, mediante las “semillas de la Palabra”, incluso en las iniciativas religiosas y en los esfuerzos de la actividad humana encaminados a la verdad, al bien y a Dios. En este sentido, el Espíritu anticipa la acción del misionero, le llama y le espera desde fuera, porque ya está actuando en el seno de la historia y de la vida humana.

Esta presencia del Espíritu no afecta solamente a los individuos singulares, sino también a la sociedad, a los pueblos, a las culturas, a las religiones. Él se halla en el origen de los ideales nobles y de las iniciativas positivas que va generando la humanidad en su peregrinación histórica. El anuncio del Evangelio no se produce, por tanto, sobre el vacío, sino bajo el aliento del Espíritu del Resucitado que inunda la realidad toda.

También la relación de la Iglesia con las otras religiones debe estar movida por esta convicción. Las preguntas más profundas de carácter religioso, allí donde se produzcan, están animadas por el Espíritu. Todo lo que el Espíritu obra en los hombres y en la historia de los pueblos, así como en sus culturas y religiones, tiene un valor de preparación, de orientación, de referencia a Cristo, único salvador y mediador, porque sólo Él es el Hijo eterno del Padre, verdadero Dios y verdadero hombre.

Esta acción universal del Espíritu conduce a la fe de la Iglesia: la conversión que suscita el Espíritu es un camino que lleva a la fe personal en Jesucristo, a la regeneración bautismal, a la adopción filial, y por ello a la pertenencia a la Iglesia, Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu, la familia del Dios trinitario.

La Iglesia de Pentecostés, como criatura y servidora del Espíritu, debe estar siempre abierta al diálogo y a descubrir los valores presentes en todas las culturas y naciones; pero a la vez siente como vocación propia y genuina ir naciendo como Iglesia local en los diversos pueblos y culturas, para que desde todos los lugares del mundo se pueda entonar un himno de alabanza al Dios Trinidad que se ha revelado en la historia para la salvación y la felicidad de los hombres.

El Espíritu hace misionera a la Iglesia en virtud de los dones y carismas que regala a los creyentes. La vida cristiana es “gozo en el Espíritu” (Ga 5,22) y, por ello, fuerza para la comunicación y para la invitación a todos a fin de que participen de la misma alegría. La “fuerza exuberante del Espíritu” (1 Ts 1,5) es la que impulsa a la Iglesia en su constante expansión (Hch 10,44).

El Espíritu es el que hace a cada Iglesia concreta una comunidad misionera. Resulta muy ilustrativo el ejemplo de Antioquía, según lo relata Hch 13,1-3. Es toda la comunidad, reunida en asamblea litúrgica, la que discierne su obligación de participar en la obra del Espíritu. Ellos han

recibido el Evangelio procedente de Jerusalén. Pero no para permanecer allí de modo aislado o egoísta, sino para convertirse en lugar de paso hacia otros lugares, hacia otras regiones. Como gesto de fidelidad al Espíritu, eligen a Bernabé y a Pablo para que, en nombre de todos, consagren su vida a la misión ad gentes. Aquella comunidad de Antioquía puede ser considerada como modelo de una maduración misionera sobre la base de los dones y carismas que el Espíritu regala para que Pentecostés siga siendo realidad viva y experiencia constante.



## **PARA EL TRABAJO EN GRUPOS.**

1. ¿La misión devuelve alegría, esperanza y juventud a la Iglesia y a las comunidades eclesiales concretas? ¿Qué necesitamos mejorar?
2. Leamos algunos de los pasajes mencionados de Hechos de los Apóstoles (sobre todo, Hch 13,1-3) y comparémoslo con experiencias actuales.